JOAQUIN BELDA

LA BAJADA DE LA CUESTA

SEGUNDA EDICIÓN



LA BAJADA
DE LA CUESTA

Imp. de V. Riço.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

JOAQUIN BELDA

LA BAJADA DE LA CUESTA

NOVELA

(SEGUNDA EDICIÓN)



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¿Quién disparó? (2.ª edición).
Memorias de un suicida (2.ª edición).
Saldo de almas (2.ª edición).
La Farándula (3.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio.
La Coquito (6.ª edición).
Una mancha de sangre (2.ª edición).
Aquellos polvos .. (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (3.ª edición).
Carmina y su novio.
Las noches del Botánico. (2.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (3.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
El alumno interno.
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta. (2.ª edición).
El Compadrito.

TRADUCCIONES

La Piara, directa al alemán con el título *Saubande.* Casa editorial Haas. Berlín, 1917.

Polito no había salido de Madrid aquel verano.

Era la primera vez que ello le ocurría en estos últimos diez años: y no era ciertamente por falta de dinero.

No es que le sobrase mucho, sino que para él esto del veraneo no había sido nunca un problema económico. Un año se fué a San Sebastián en la última semana de Julio con quince duros, y volvió cerca ya del mes de Octubre con quinientas pesetas. Milagros del treinta y cuarenta. En otra ocasión se había pasado el verano entero en Biarritz, sin más ropa que la puesta y unos trece reales escasos. Vol-

vióse a España sin pagar la fonda y atravesando a pie el puente de Behovia como cualquier contrabandista fugitivo.

Ya se comprenderá que a hombre de tan fértiles recursos no había de retenerle en Madrid durante la canícula un apuro económico, por grave que fuera. No. Había otras razones para su permanencia en la corte los meses en que Febo, sintiéndose madrileño castizo, se aposenta en la capital de España como para no moverse nunca.

Polito Suárez, hijo único del matrimonio Suárez, se había quedado en Madrid, renunciando a acompañar a sus padres en el anual viaje de veraneo al Cantábrico, porque para el día 20 del próximo Septiembre estaba señalado el primer ejerci-

cio de las oposiciones a la carrera diplomática, y Polito aspiraba a obtener en ellas el número uno, por lo menos.

En aquellos tres meses pensaba darse un buen atracón de estudiar, porque la verdad era que, hasta ahora, estaba completamente pez en casi todo el cuestionario, y confundía la paz de Utrech con la del Zanjón de una manera decidida.

Él sabía muy bien que si veraneaba no estudiaba; a pesar de todos los buenos propósitos y de la soledad de los valles vascongados, las semanas se pasarían sin que Polito agarrase un libro. ¡Estaban tan cerca San Sebastián y Lasarte de la residencia de sus papás...!

En cambio en Madrid, durante el verano, se estudiaba hasta sin que-

rer: todo cerrado y todo el mundo fuera, no quedaban más que dos cosas que hacer: empollar o morirse. Y no cabía duda que era menos desagradable lo primero.

Porque Polito Suárez estaba decidido: él quería ser embajador, y lo sería; aquello y el campeonato de *tennis* en Madrid eran acaso las dos únicas cosas que había tomado en serio en su vida.

Claro que él, con la ligereza de los pocos años—veintinueve y pico—, no pensaba que, para ser embajador, hacían falta muchas cosas: primera, hacer las oposiciones, después ganarlas, y luego que fueran pasando años, muchos años, que Polito fuera ascendiendo, y, finalmente..., que para entonces no se hubieran suprimido ya las emba-

jadas, como seguramente se suprimirían las sortijas de precio y los caballos de carreras: por demasiado útiles.

Pero el chico de Suárez hacía muy bien en aspirar a tanto: siguiendo la máxima de los tiradores de pistola, apuntaba muy alto para quedarse en el blanco, que estaba mucho más abajo. Soñando con ser embajador llegaría probablemente a secretario de segunda.

Desde el primer día organizó su vida en plan de batalla; al quedar solo en la casa, quedó convenido que la portera subiría por las tardes a arreglar la cama, prepararle el baño y hacerle el desayuno; en Madrid, y en verano, resultaba poco elegante desayunarse antes de las cinco... de la tarde.

A esa hora, vestido en pijama, se pondría a estudiar como un negro, hasta las diez o las once de la noche, en que, después de un refrigerio levísimo, saldría a la calle a dar una vuelta, a oxigenarse un poco. ¡Bien se habría ganado el paseo después de una labor intensa de tantas horas!

Echaba la cuenta así por encima: cuatro horas de trabajo durante dos meses y medio hacían un total de trescientas horas, minuto más o menos. Y en trescientas horas bien aprovechadas se podía uno aprender de memoria todos los tomos del Diccionario Enciclopédico.

Empezó a desarrollar el programa con una exactitud de cronómetro: en los días primeros sólo introdujo en él levísimas variaciones; por

ejemplo: en vez de tomar el baño y ponerse a estudiar, colocaba el agua a una temperatura voluptuosa, se zambullía en ella y, sin sacar afuera más que las manos y el cuello, hacía dentro del baño el estudio de varios temas del programa. Por cierto que una vez las hojas de éste cayeron al agua, precisamente aquellas en que se relataba el combate naval de las islas Chinchas, y Polito tuvo que sumergirse en la bañera en busca del papel naufragado.

Fuera de esto, lo demás se cumplia a la letra; un día salió de casa a las once de las noche; era lunes, y no volvió hasta la madrugada del jueves.

Pero cuando volvió, y como si quisiera ganar el tiempo perdido, estuvo estudiando dos horas segui-

das sin levantar los ojos. Polito, a los cinco minutos de estar en aquella postura de recogimiento, se había quedado decentemente dormido.



¿Quién ha dicho que Madrid en verano resulta aburrido?

Eso debe haberlo inventado algún señor que tenga casa de huéspedes en alguna ciudad de la costa. Se atribuye a un famoso político, ya difunto, la siguiente frase muy conocida: «Madrid en verano, con dinero y sin familia, Baden-Baden.» Ello pudo ser verdad en la época en que Baden-Baden era un sitio muy divertido; ahora, en el célebre balneario, hay dos hospitales para soldados heridos y un almacén de

gasolina. Como ustedes comprenderán, Madrid veraniego, al lado de esto, resulta un gabinete con alcoba del paraíso terrenal.

Hemos escrito la palabra alcoba, y ciertamente que no ha sido a humo de pajas. Construyendo una frase que acaso no sea tan popular como la del célebre político, podemos decir: «Madrid en verano es una gran alcoba al aire libre, a la que sirve el Manzanares de *bidet.*»

Nos explicaremos, aunque estas cosas se explicarían mejor con un ejemplo práctico.

Madrid, para compensar del tedio infernal de sus días estivales, tiene el encanto de sus noches. Y no nos referimos sólo a las delicias de la temperatura nocturna, que es como horchata diluída en el ambiente; es

que las noches del verano en Madrid...

¿Ustedes han oído hablar de la Cuesta de las Perdices y de sus célebres merenderos? ¿Les suena eso de los restoranes de la Bombilla, ribera del Manzanares, con sus cuartitos reservados y sus camareros celestinos?... ¿Cómo? ¿Que solamente los conocen de oídas? Con ello basta.

Y es que en el verano madrileño se dan una porción de circunstancias que contribuyen todas a lo mismo: a que en los meses que van de Junio a Octubre, en la capital de España, las cuestiones del amor se desenvuelvan con una facilidad y hasta con una relativa economía que son un encanto.

Hay ciertas piculinas de postín—

¿para qué dar nombres, si están en la memoria de todos?—que al llegar Julio reciben todos los años una agradable sorpresa.

Una tarde llega a casa el señor que las mantiene y, poniendo una cara muy compungida, las dice:

—¿Sabes, monina, que te voy a dejar sola una temporadita?

—¿Por qué?

—Lo de todos los años: a mí me revienta salir de Madrid; pero mi mujer y las chicas se han empeñado en que me vaya con ellas a Zarauz, y... nos marchamos el sábado.

A la monina le da un salto de júbilo el corazón dentro del pecho, procura componer un semblante muy triste, y dice:

—¡Qué fastidio! Me dejas sola ahora..., con el calor que hace.

—¡Y qué le vamos a hacer! Yo haré una escapada para venir a verte todos los primeros de mes; los del comité del Banco Italo-Español, que nos encontramos todos en el mismo caso, hemos encargado al secretario que nos cite a reunión urgente cada mes.

—Ya, ya... pero, mientras tanto...

—Oye: tú vas a ser muy buena durante mi ausencia, ¿verdad?

—¡Qué cosas tienes!

—Que no me cuenten a mí luego que si te han visto con éste o con el otro...

—¿Quieres callar? Si vas a hacer caso de lo que te digan cuatro envidiosas...

Total: que el buen señor se marcha, y la piculina dispone a su antojo de veintiséis o veintisiete días

cada mes. Y, generalmente, los aprovecha bastante bien.

Por las noches no la busquéis en su casa, porque no la encontraréis. Pero como no va a ponerse a despachar sus asuntos en medio de la Puerta del Sol, coge el auto o el coche del Círculo y se va más allá de la cuesta de San Vicente

Así están de noche aquellos parajes.

Además hay en Madrid durante el verano una clase de mujer que durante el invierno parece no existir: es la que pudiéramos llamar la entretenida con tarifa mínima. Damas a quienes el galán que de ordinario alimenta sus gastos se le ha marchado fuera, y con la ausencia se le olvida de enviarle todos los meses el consabido estipendio. En-

tonces ella, como en el verano también se come, dedícase a trabajar por su cuenta, y siempre a menos precio que en el resto del año.

Madrid tiene también sus estaciones veraniegas: merenderos y restoranes al aire libre, que en invierno apenas sacan para pagar la contribución, y en las noches del estío tienen que ganar para vivir diez meses.

Es el mismo caso de las poblaciones de vida exclusivamente veraniega.

Y ocurrió que en uno de estos locales cayó una noche Polito Suárez, cuando menos lo pensaba.

La cosa ocurrió de un modo muy sencillo. El muchacho, que se había pasado toda la tarde—una de las más calurosas del verano — estu-

diando los acuerdos del Congreso de Viena, salió de casa después de las diez de la noche; en la terraza de uno de los cafés de la calle de Alcalá se tomó un leve piscolabis, y después de estar allí un rato contemplando la gente que pasaba en busca de fresco hacia el Retiro y Recoletos, casi desnudas las mujeres con unos trajes muy vaporosos, levantóse con ánimo de encaminarse muy lentamente al paseo de Rosales.

Estaba un poco melancólico aquella noche, y estaba viendo que se iba a meter muy pronto en la cama; se diría que los acuerdos del Congreso de Viena se le habían indigestado, y que unos panecillos, también de Viena, que acababa de engullir con un vaso de leche, se le habían

puesto atravesados en el estómago.

Al cruzar la Puerta del Sol tuvo que apartarse de un salto hacia atrás; un tremendo bocinazo, que casi había estallado en su propia oreja, le había obligado a la maniobra. Un automóvil amarillo, grande y estrepitoso como un tanque, pasó rozándole el alfiler de la corbata y desabrochándole con el guardabarros uno de los botones de la pechera de la camisa.

Fué un atropello frustrado; pero como si el maldito vehículo quisiera llevarse algo de su persona, Polito notó que el sombrero de paja huía de su cabeza como si se lo hubiera arrancado, cogiéndolo por la copa, una mano invisible.

Estuvo un cuarto de segundo pa-

rado y sin saber qué hacer, pero se rehizo en seguida y echó a correr en dirección al auto, que iba ya a meterse por la calle del Arenal. Él no quería más que rescatar su sombrero, y se figuraba que debía estar entre el torbellino producido por el carruaje en su marcha.

Frente al evacuatorio situado entre Preciados y Gobernación—perdona, lector, la cita de un sitio tan poco pulido—vió Suárez con sorpresa que el coche se detenía.

¡Menos mal! Debía ir ocupado por personas muy decentes y correctas, cuando así interrumpieron la marcha sólo por un mísero sombrero de paja. Los hay que no se detienen ni para recoger el cadáver de un semejante.

El futuro embajador apretó el pa-

so para corresponder a la fineza de aquellos señores abreviándoles el tiempo de la parada. Pero antes de que llegara a la mitad del camino estalló una ovación estrepitosa, una verdadera oleada de palmadas intercalada de gritos y vítores, que al chico lo dejaron un poco turulato.

—¡Viva Polito Suárez!

—¡Viva el futuro embajador!

—¡Viva el gran hombre!

—¡Viva el sabio!

El aclamado se detuvo como si desde lo alto del coche le apuntasen con una ametralladora. Pero cien manos le llamaban—a él le parecieron cien, aunque sólo eran diez—y no tuvo más remedio que acercarse.

Entonces salió de dudas. Era el *Peugeot* amarillo de Gonzalo Villa-

nueva, en el que iban con él Pepín Castropolo y tres señoras muy guapas, con un decidido aspecto de furcias.

Las damas eran precisamente las que más chillaban; él no conocía a ninguna, pero sin duda Pepín y Gonzalo las habían dado brevemente toda clase de detalles, porque le lanzaban a la cara una verdadera lluvia de intimidades.

—Ven acá, hombre; sube—le decía una morenita pequeña, que parecía una aceituna a la que le hubieran extraído el hueso—; sube y ven con nosotras, que no todo ha de ser estudiar metido en el baño.

—Anda, rico, acompáñanos, que estamos muy tristes; además, nos han dicho que posees tres lenguas, y figúrate tú lo que eso se agradece—

le chilló una rubia alta con ojos muy azules.

Y la tercera, una castaña muy gorda—y nada pilonga—le invitó, mientras ponía los ojos en blanco:

—Oye; ya sé que vas para embajador. ¡Ay, con lo que me gustan a mí los embajadores!

Los dos amigos casi no hablaron: lo que hicieron fué coger cada uno por una axila—no decimos sobaco, porque en verano el sobaco no resulta nada agradable—a Polito y elevarlo a pulso a la altura del auto; una vez en el borde de la capota, le dejaron caer dentro como quien vacía el contenido de un volquete.

—Bueno, pero, ¿queréis explicarme?...

—Nada, hombre; que te vienes con nosotros a casa de Damián—le

dijo Gonzalo, que parecía el jefe de la partida.

—Con mucho gusto, pero...

Antes de seguir hablando notó que le caía una cosa en la cabeza: era un sombrero, su sombrero de paja, que Pepín Castropolo le había quitado de la cabeza al pasar el coche por su lado. Estaba intacto, como rejuvenecido por aquel bullicio repentino.

—Verás: es que habíamos organizado para esta noche un pequeño catipunán en casa de Damián, éste, Manolo Gabinaga, yo y estas jóvenes ursulinas; pero a última hora ha resultado que Manolo, que como sabes no está nada bueno del intestino, lleva desde esta mañana a las cinco en el retrete, y dice que no se atreve a salir de allí ni para afeitar-

se. Total, que hemos tenido que prescindir de él; pero como estas tres distinguidas clarisas ya estaban apalabradas, pues no hemos querido dejar a ninguna en tierra.

—Bueno, ¿y qué?

—Hombre, que ya comprenderás que tres señoras con dos caballeros no hacen buen grupo, sobre todo al llegar ciertos momentos culminantes.

—Eso sí...

—Hemos querido sustituir a Manolo Gabinaga y nos hemos ido a casa de Feliciano; pero Feliciano tenía tomado el billete para la novillada nocturna, y ya sabes que él no pierde una novillada ni para tomar un te.

—¡Ya, ya! ¡Qué afición! Parece hijo de buey.

—No... de buey, no; su padre es muy joven...

—Los hay prematuros.

—Bueno: yo he querido telefonear a Vladimiro Moscoso, pero resulta que Vladimiro se ha muerto hace un mes y ni yo ni éste lo sabíamos.

—Ni yo. Se habrá muerto de incógnito.

—Total: que no hemos encontrado el tercer galán que nos hacía falta. Y como ahora no hay nadie en Madrid y no nos daba tiempo a poner un anuncio en los periódicos..., pues hemos echado a andar los cinco. ¡Qué demonio! Una de estas jóvenes que hiciese solitarios mientras nosotros...

Pepín intervino:

—Yo le hablé a éste de ti; le dije: «Polo Suárez es un buen punto para

estas garatas. Pela los cangrejos con cuchara y se baila la polca de rodillas mucho mejor que el *Algeteño*.» Y éste va y me dice: «¿Quién? ¿Polito? Ese no sale de casa hasta que no haga las oposiciones. No te molestes.» A poco de decirme esto, y al desembocar en la Puerta del Sol, va y te veo de lejos... Le chillo a éstos: «¡Mirad! Ya le ha dao. Polito hace el tres.» Y... ya lo sabes.

—¡Chicos, pues yo me he llevado un chasco! No sabía que estabais en Madrid.

—Yo estoy de milagro—dijo Gonzalo—; mi gente está en Reinosa, pero yo, que creo que Madrid en verano es más divertido que un baile a obscuras, me he dedicado a aprender el ruso de aquí a Octubre,

y para aprovechar bien el tiempo, no me muevo de la corte.

—¿Cómo se dice en ruso *que te frían un huevo?*

—Allí no los fríen: se los comen con cáscara. El caso es que yo no me saneo, que es lo interesante.

—Pues más heroico es lo mío—contó Castropolo—: yo fuí con mamá y las hermanitas a Hernani, y a los tres días de estar allí recibo una carta del portero—previamente amaestrado por mí—en la que nos decía que había estallado toda la cañería del cuarto de baño y se había inundado la casa. Me manda mamá a escape a enterarme de lo ocurrido y a tratar de arreglarlo. Llego yo aquí y... ¡para qué! Empiezo a dar largas al fantástico arreglito, con lo cual consigo dos cosas: primera,

quedarme aquí todo el tiempo que me dé la gana, y segunda, embolsarme todo el dinero que importe la recomposición de la rotura. Hoy le he escrito una carta a la madre diciéndola que como el baldosín del retrete tienen que traerlo de los Estados Unidos, y ahora, con la guerra, anda eso de los transportes un poco lioso, tenemos obra para un rato.

Una de las furcias, la rubia, que parecía la más ingenua de todas, preguntó:

—¡Ah!, pero lo de la rotura de la cañería, ¿no es verdad?

Pepín se la quedó mirando un rato; al fin, entre indignado y despectivo, le dijo:

—Mira, Marciala, eres una cursi en cueros.

El coche iba ya por la Florida. Gonzalo se creyó en el caso de hacer las presentaciones.

—Oye, Polo, ¿tú no conoces a estas chicas?

—No tengo esa voluptuosidad.

—¡Ah! Pues fíjate: ésta—la morena—es Margarita la *Espasmódica;* la llaman así porque la dan unos ataques de hambre que se la paraliza el vientre.

—Por muchos años — dijo Polito, tomando la mano de la presentada y dándola un mordisco en el codo.

—¡Ay, qué gracioso! ¡No lo permita Dios!—dijo Margarita.

—Esta rubiales es Julia la *Felpudo*. No me digas que no la conoces. Si es más popular en Madrid que la calle del Baño.

Polito, recordando que iba para diplomático, se creyó en el caso de decir una fineza:

—¿Conque la *Felpudo?...* Pues en ese felpudo me revolcaba yo de muy buena gana hasta que se le cayera el pelo.

—Pero, ¿tú no sabes por qué la llaman así?

—¡Qué sé yo!

—¡Calla, imbécil!—dijo la chica, a quien la molestaba el mote y... su origen.

—Pues la llaman la *Felpudo* porque tiene en salva sea la parte una... Bueno, luego lo verás. Fíjate ahora en esta pequeñez de mocita—dijo, cogiendo por los dos brazos a la castaña—. Es Tola Rubiños; a ésta la enseñas un churro a distancia y lo confunde con un billete de a mil.

¡Es muy bruta la pobre! Pero es muy simpática.

—¡Guasón!—dijo ella, que casi no sabía decir otra cosa.

Hablaban ya todos como si estuvieran borrachos; decían sandeces, toninadas, bestialidades, y, por equivocación, alguna cosa a derechas. No habían bebido nada, pero tenían esa borrachera seca con que empiezan todas las juergas, y que nace simplemente de la alegría de verse juntos los juerguistas.

Y es una borrachera acaso más estrepitosa que la otra, por lo mismo que se conservan aún intactas todas las fuerzas que luego el alcohol debilita casi de un golpe, en cuanto pasa la excitación del primer momento.

El coche había pasado ya la Puerta

de Hierro; de allí a poco torció a la izquierda, inició una subida algo brusca, pasó por un puente trágicamente memorable y siguió subiendo.

A derecha e izquierda del camino se veían unas casas muy iluminadas y de las que salía el sonsonete de unos organillos. Hacía allí un fresquete muy rico, que se agradecía el doble después del chicharrero de todo el día de Madrid.

A la puerta de cada casa había una larga cola de autos y coches, y en algunas formaban doble fila; parecía aquello la plaza de Oriente en noche de segundo turno en el Real. Debía estar allí todo Madrid, pues ya se sabe que para los efectos de ese *todo*, Madrid se compone exclusivamente de la gente que se divierte.

¿Quién veraneaba entonces?

Las familias. Para ellas es muy sano el veranear, así como para los papás y los hijos de familia no hay en verano nada más sano que los aires de la Cuesta.

A la mitad de ella, y a la puerta del merendero más grande de todos, se detuvo el coche de Gonzalo. Estaban en casa de Damián.

La comitiva se apeó, y después de detenerse en el mostrador de abajo a tomar un vermú, subió hacia uno de los cuartitos del primer piso que desde aquella tarde les tenían reservado.

Y así fué como Polito Suárez cayó en el célebre restorán de la Cuesta la noche en que menos lo pensaba.

***

En la casa había un revuelo extraordinario: no era el bullicio y la algazara de siempre en noche veraniega; parecía más bien reinar en el dueño, en el encargado del mostrador y en los camareros, esa preocupación que inspira en un establecimiento de estos el albergue momentáneo de un pez gordo a quien se tiene interés en servir bien.

Gonzalo, que tenía para estas cosas un olfato de bulldog, se lo dijo a los demás mientras subían:

—Aquí debe haber juerga gorda esta noche.

—¿Por qué?—preguntó Pepín.

—Porque sí.

Del cuarto del fondo del pasillo, que era un salón grande con tres ventanas al campo por la espalda

de la casa, salía un ruido de voces recias, de gritos femeninos, de choque de cristalería, que no podía engañar.

Gonzalo preguntó a uno de los camareros:

—¿Quién hay ahí?

—No lo sé, señorito.

—¡No seas estúpido! ¿Te crees que no lo voy a averiguar? Bajo, y me lo dicen en el mostrador.

El sirviente, cumplida aquella reserva del primer momento, que era de protocolo, se acercó al muchacho y le dijo por lo bajo:

—Es que nos tienen terminantemente probibido que lo digamos, pero de usted para mí... ahí está el conde de Pampliega con unos amigos.

—Y unas amigas, ¿verdad?

El camarero se rió con socarronería.

—¡Ah, claro! No iban a venir solos.

Gonzalo se volvió a sus acompañantes, y decidido a conservar el secreto, les dijo a voces en pleno pasillo:

—¿No os dije yo...? ¿Sabéis quién está ahí? Pampliega, con unos cabritos y unas furcias.

El conde de Pampliega era un político celebérrimo, que a la sazón desempeñaba una cartera en un Gobierno de altura. Veraneaba con la familia en San Sebastián, pero había venido a la corte llamado por sus deberes políticos. Se trataba de celebrar unos Consejos de ministros, en los que iban a discutirse asuntos de una importancia loca;

pero como los Consejos se acababan antes de las diez de la noche, el prócer no sabía qué hacerse hasta las dos de la madrugada, en que generalmente se acostaba. En esta noche un grupo de amigos políticos le habían organizado un modesto banquete en casa de Damián, a treinta y cinco pesetas cubierto; pero, hombres liberales y de tendencias progresivas, eran partidarios decididos de la intervención de la mujer en la cosa pública y habían asociado al homenaje a doce señoras—ellos eran once—con derecho a intervenir en los debates y a comerse los plátanos sin pelar.

Cada comensal tenía su socia adjunta, menos el conde, al que se le habían adjudicado dos: una para cada mano. El prócer, joven aún,

pero algo fatigado por el peso del poder, se alarmó un poco al ver la doble ración. ¿Podría su estómago con tanta comida? Por si acaso, y para evitar fracasos, siempre desagradables, se había corrido un punto el cinturón eléctrico, prenda que llevaba siempre a las sesiones de las Cámaras y a las cuchipandas de los amigos.

La habitación que el popular Damián había reservado para Gonzalo y los suyos era un cuartito no muy ancho, pero sí lo suficiente para que en él cupiese una persona tendida a lo largo y otra encima de ella.

El mobiliario era de una sencillez tan elegante que mareaba; se componía de una mesa, media docena de sillas y un mueble extraño,

mitad sofá, mitad *chaise-longue* y con unas leves insinuaciones de revolcadero. La habitación disponía de una gran ventana que daba al patio central de la casa; en él había un piano de manubrio, que un chulito de cara infeliz hacía sonar con una de las rodillas. A su ruido, dos o tres parejas hacían una parodia del chotis, con esa gravedad de sala de Audiencia con que el madrileño neto se cree en la obligación de bailar las danzas del país.

Las tres damas que figuraban en la suite de Gonzalo Villanueva—la *Felpudo,* la *Espasmódica* y la Rubiños—, lo primero que hicieron en cuanto se vieron dentro del cuarto, y mientras los pollos confeccionaban un menú a base de marisco, fué aligerarse de ropa, hasta los lí-

mites que consentía el pudor. Los sombreros desaparecieron de la cabeza, y las blusas--unas tenues blusillas de tela de cebolla—cayeron también sobre una de las sillas.

La Rubiños juraba por sus muertos que había salido del baño aún no hacía media hora; debía ser verdad, mas lo cierto era que al acercarse a ella se notaba un marcado olor a bacalao joven, que obligaba a la retirada involuntaria.

Pepín Castropolo, que era un gran curioso en los dos sentidos de la palabra, la preguntó mientras la abrazaba:

—Pero oye, ¿tú en qué te bañas, rica?

—En una bañera de porcelana.

—Ya me figuro que no será en un piano de cola; pero no pregunto

eso. Digo que si te bañas en agua.

—¡Claro!

—Pues exhalas un perfume que parece que lo haces en vinagre averiado. Echas un olor a ensalada, que preocupa. ¡Palabra!

El camarero entraba ya con los ordubres. Todos se sentaron a la mesa y empezaron a comer.

Tenían hambre, pero hambre sincera, no ese apetito un poco nervioso que se desarrolla al principio de algunas francachelas, en las que parece que se come para demostrar que se es muy hombre.

Unas quisquillas harto saladas que Gonzalo y la *Felpudo* engullían hasta con bigotes, hicieron decir a Pepín, sin duda por asociación involuntaria de ideas:

—Bueno, y del concurso, ¿qué?

Gonzalo le mandó callar.

—Eso luego, hombre; no anticipes.

Las furcias echáronse a reir como si las hicieran cosquillas; parecían alegrarse de antemano de algo espléndido que las aguardaba.

—¿Qué es eso del concurso?—preguntó Polito, que no se explicaba las palabras de antes ni las risitas que las siguieron.

—Nada, ya te explicaremos. Ahora vamos a comer.

La rubia, que estaba al lado de Suárez, no hacía más que llamarle embajador a cada paso.

—Oye, embajador, no me desprecies esta quisquilla.

—Oye, embajador, ¿quieres servirme una copita de Blázquez?

—Eres el más simpático de los tres, embajador.

Las otras se reían cada vez que oían la mitológica palabra.

La *Espasmódica,* que había caído con Gonzalo, se quedó un rato mirando a Polo, y al fin le dijo:

—La verdad es que tienes cara y boca de embajador.

Entonces la risa fué general.

Polito, que no ignoraba el significado que la palabra tiene entre la gente de bullicio, escuchaba complacido todo aquello.

¡Embajador! Aspiraba a serlo como el último grado del escalafón de su carrera, porque le gustaba el oficio y le parecía cosa de mucho postín, y él, desde niño, había sido algo postinero. Pero además... en el otro sentido, en el clásico, lo era ya desde hacía tiempo y tenía a orgullo el serlo.

Había leído a Ovidio y sabía que el amor es una palabra mágica que todo lo dora; cuanto se haga a la sombra de ese vocablo, por repugnante o infame que parezca, queda al punto redimido y como dignificado. Por instinto, le había parecido siempre pueril eso de reducir las manifestaciones corpóreas del amor a una sola de las regiones del organismo, y no precisamente a la más noble. ¿Por qué, en las luchas de la pasión, no había de tomar parte todo el cuerpo, como la toma toda el alma? Él hacía años que lo venía verificando así, y la cosa le probaba a maravilla; hasta podía decir que, desde que practicaba con cierta asiduidad el deporte del aterrizaje, tenía más blanca la dentadura.

—Me parece a mí que el premio va a ser para éste—dijo la Rubiños señalando a Polito.

Éste cada vez estaba más intrigado. Oía hablar de un concurso, de un premio... ¿Qué significaba aquello?

—No te impacientes, hombre, ya lo sabrás todo—le dijo Gonzalo, que le adivinaba en el rostro la curiosidad.

Del fondo del pasillo venía un estrépito cada vez mayor; tan grande había llegado a ser, que cubría el sonido del organillo, tocando sin parar en el patio.

Por lo visto los del... banquete político—así decía Damián a todo el que le preguntaba: «Arriba tengo un banquete político»—habían llegado ya a ese período álgido en que

el comestible y el bebestible almacenados en el estómago buscan expansión en forma de gritos, aullidos, eruçtos y hasta rebuznos.

—¡Qué bárbaros!—dijo Gonzalo levantándose de la mesa—. Yo voy a ver.

Salió al pasillo a tiempo que la puerta del cuarto donde el ministro y los suyos se regodeaban estaba abierta para dar entrada a un camarero con una gran bandeja cargada de copas de champagne. Pero no se veía nada; ante la puerta, y dentro ya del cuarto, habían puesto un biombo para librar a los comensales de miradas indiscretas.

Gonzalo volvió a su cuarto. Aún no estaba lo suficientemente borracho para entrar en la sala donde comía el ministro, de quien era ami-

go, y empezar a gastarle bromas sangrientas; todo se andaría.

Al entrar vió un cuadro un poco original: Pepín y la Rubiños habian creído prudente inaugurar la *chaise-longue* haciendo un grupo. Polito y la rubia, sin hacerles caso, seguían comiendo, muy juntitos, pero muy correctos.

Villanueva se indignó.

—¿Qué hacen esos guarros? Hombre, me parece muy pronto.

Fué a ellos, y tomando bien la puntería a la parte inferior de la espalda del galán, que había quedado encima, aplicó en ella un puntapié cariñoso, pero enérgico.

La cosa llegó a tiempo; precisamente el empujón les cogió a los dos en el momento de... recoger la cosecha, y Pepin, con una voz

muy débil, dijo a Gonzalo en medio de sus delicias:

—¡Gracias, chico! Precisamente estaba pasando mi poquito de apuro para profundizar.

Desde aquel momento salió desterrada de la estancia la poca seriedad que en ella quedaba. Los seis, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron a ejecutar todo ese conjunto de burradas e idioteces que los juerguistas ejecutan siempre desde la vieja Roma a nuestros días.

No es cosa de martirizar al lector con la enumeración de todo ello; como él lo conocerá de sobra, nada nuevo le diríamos, y además correríamos el riesgo de aburrirle, como en realidad le aburrían a los mismos que las ejecutaban.

***

La comida se había terminado. Las tacitas de café estaban allí sobre la mesa, vacías de líquido, pero casi llenas de la ceniza de los puros que los comensales, ellos y ellas, se estaban fumando.

En el mantel, entre migajas de pan y unos palillos invariablemente quebrados por la mitad, se veían grandes manchas de vino. No eran menores las que en forma de rosetas se veían en las mejillas de los juerguistas. Borracho del todo, como para caerse, no estaba ninguno; únicamente a la *Espasmódica*, que era la más sensible, se le trababa un poco la lengua al hablar. Todos, sin embargo, habían trasegado lo suficiente para que en su ánimo estuviese impedido, al menos por unas horas,

el arraigo de toda idea pesimista.

Era el momento propicio, y Gonzalo lo aprovechó. De pie en un extremo de la mesa, tomó la palabra, después de haber reclamado silencio, que no fué muy fácil de establecer.

—Bueno, Polito, ya es hora de que sepas de lo que se trata y para qué hemos venido aquí. Porque no vas a ser tan bruto que te creas que aquí hemos venido a comer cosuchas y a beber vinazo.

—¡Claro que no!

—Bueno, pues oye, a ver qué te parece.

—Seguramente muy bien.

—¡Calla...! Haré un poco de historia.

—¡Eso, eso! ¡Que nos la haga!—gritaron todos con gran júbilo!

—Si no os calláis me bajo y no sigo.

—¡Lo primero! ¡Lo primero!

Al fin callaron todos.

—Pues digo que ayer tarde estábamos Pepín y yo en casa de la *Felpudo*, aquí presente—Barco 86, no hay ascensor para las subidas, pero sí para lo contrario—, cuando de pronto, no sé cómo, salió la conversación relativa al aterrizaje o descenso amoroso. Ésta, que es algo romántica y que además había almorzado puerros, empezó a decir que a ella lo que más la satisfacía en el terreno del amor era lo natural, lo clásico, lo normal; nosotros la increpamos seriamente; aquello nos parecía una herejía y casi una ofensa, y entonces ella, sin duda para contemporizar, vista nuestra ac-

titud, va y se descuelga soltando la siguiente flatulencia: «Bueno, además, es que los españoles no servís para eso. Aquí hay muchos que presumen de hacerlo como los ángeles y luego no saben ni cómo se empieza. Yo estuve una vez en Marsella quince días y allí tropecé con un comerciante y bolsista a un tiempo, que jugaba siempre a la baja, y bueno, ¡para qué! ¡En los quince días perdí diez y ocho kilos y un reloj de pulsera de platino que le regalé con mucho gusto al despedirnos, de tan agradecida como le estaba!» Comprenderás, querido Polito, que aquello ya era faltarnos gravemente.

—¡Qué ignorancia!

—¡Ya ves tú! ¡Decir que en España...! ¡Decir que en Madrid...!

—Hace veinte años puede que eso fuera verdad, pero ¡ahora! Ahora hay quien empavona muchor mejor que Molière.

—Eso fué lo que yo la dije a esta inclusera; no cité precisamente a Molière, porque a mí me han molestado siempre mucho todos los políticos franceses, pero establecí el parangón con Víctor Hugo.

— Es igual.

— Y además, para acabarla de avasallar, le dije: «Yo organizo de aquí a mañana noche un concurso de aterrizaje con varios amigos, tú y las dos amigas que tú escojas. Nos vamos a casa de Damián, mandamos que nos echen de comer, y luego, con el cuerpo en disposición heroica y el estómago repleto, da principio el campeonato. El tribunal

seréis vosotras mismas: nosotros los luchadores. Y el premio del concurso que se otorgará al que a jüicio nuestro mejor lo haga, consistirá en una copa de metal chafado, forma vaso de noche, en la que se grabará una inscripción alusiva.» ¿Qué tal?

Polito, muy decidido, se puso de pie.

—Pues que ya sé para quién es el premio.

—¿Para quién?

—Para un servidor.

—Eso lo verèmos—replicó Castropolo, que también tenía su amor propio.

Las mujeres, con esa intuición admirable que parece ser como un atributo del sexo femenino, habíanse declarado desde el primer mo-

mento partidarias de Polito Suárez. La *Felpudo* le abrazó, y llevando la voz de todas, le dijo:

—Para ti, embajador, será el triunfo. Di que te lo digo yo.

—Bueno; menos hablar y vamos a la obra—dijo Gonzalo, en funciones de organizador.

—¿Qué hay que hacer?

—Lo primero de todo, sortearse. Como cada uno de nosotros ha de ejecutar la suerte con cada una de éstas, claro es que el primero lleva alguna ventaja.

—No veo por qué—objetó Polito.

—Pues hombre, porque como las coge frescas, no tiene nada de particular que les haga más sensación.

Una carcajada de la *Espasmódica*, que parecía un derrumbamiento, acogió las palabras de Gonzalo. La

morena se encaró con el joven y le dijo:

—¡Serás primo! ¿Y tú eres el que presumías de maestro en el oficio? Eres una novicia con cataratas.

—Bueno, ¿pero a qué viene todo eso?

—A que estás equivocado, pero que de raíz. ¿De manera que tú crees que *eso*, cuando nos hace más sensación es la primera vez?

—Naturalmente.

—Todo lo contrario: la primera nos sirve como de vermú, y luego, cuando estamos ya entrenadas, es cuando disfrutamos de verdad. Si no, aquí están éstas, que no me dejarán mentir.

Y como la *Felpudo* y la Rubiños aprobaran los sabios conceptos de su amiga, Gonzalo quedóse un poco

corrido. La morena reforzó su tesis.

—Es como tú cuando juegas al *tennis*. ¿Cuándo juegas mejor, al principio, o cuando llevas ya un rato?

—Bueno, mira, que te pelen al cero. Sea como sea, el caso es que hay que sortearse.

—¡Ah! Eso sí.

—Conformes—dijeron todos.

—Pues vamos a ello.

Gonzalo cogió de la mesa tres pedazos de pan de tamaño distinto y los enseñó a Polo y Pepín.

—Los metemos en esta copa y luego los volcamos poco a poco; el que salga el primero es para Polo, el segundo para éste y el tercero para mí. Y el que se lleve el mayor, aquél debuta, y el mediano va después, y etcétera.

—Muy bien, muy bien; pues a ello.

Se hizo el sorteo con todo orden, y sin que en él interviniera para nada la trampa. Rompió plaza Gonzalo y sacó el pedazo mayor; la cosa resultó muy bien, porque Polito quedaba en segundo lugar. Así, si el premio era para él no podrían los otros alegar ni que había cogido a las mujeres demasiado frescas, con arreglo a la teoría de Gonzalo, ni que estaban demasiado entrenadas, como tan bravamente había sostenido la *Felpudo*. Era una solución ecléctica llena de sabiduría.

Gonzalo se encargó de ultimar detalles.

Lugar de la acción, o como si dijéramos, terreno de la lucha: un es-

píritu vulgar hubiera dicho que no podía ser otro que la *chaise-longue;* pero como ni el chico de Villanueva ni sus acompañantes eran unas almas adocenadas, eligieron otro que a primera vista no parecía el más a piopósito.

La socia sobre cuyo cuerpo se iba a operar con el sagrado bisturí que sirve de vehículo al idioma, sentaríase al borde de la mesa con las extremidades abdominales colgando, y para que éstas no se fatigasen, apoyaría cada una en una silla. Al mismo tiempo—todo había que precaverlo—las dos amigas ociosas se prestarían a sostenerla por la espalda, mientras el hombre, a sus pies, como debe estar siempre todo galán bien educado ante su dama, ejecutaría la faena.

Ya no había más que empezar, y Gonzalo empezó.



Había pasado media hora larga. Gonzalo Villanueva había dado cima a su tarea. En los rostros de las damas había esa mueca un poco desdeñosa que deja siempre el desencanto.

Aunque no lo decían, todas ellas parecían preguntarse unas a otras:

—¿Y esto es todo?

Le había llegado la vez a Polito Suárez; se convino en que entre el trabajo de uno y otro concursante se dejase pasar el tiempo necesario para que las señoras se reposasen un poco. Y como no era cosa de que el descanso lo empleasen en hacer

solitarios, Gonzalo propuso que bebiesen un poco..., un poco más.

El camarero renovó la provisión de botellas, y entonces ocurrió algo inevitable en toda juerga, y que por la invariabilidad con que se repite parece escrito de antemano en el programa de todas ellas, y fué que Gonzalo se puso a cantar flamenco.

El flamenco no es un canto alegre; en esto creo que estaremos conformes todos; hasta esas coplas retozonas y salteadas que se llaman *alegrías* tienen un fondo tal de pompa fúnebre, que resultan las más tristes de todo el repertorio.

Pero si el flamenco se canta con una mala voz empañada por el vino, y además el cantador disfruta de una oreja como la que poseía Gonzalo Villanueva, entonces la cosa

ya se convierte en un verdadero suplicio para el que escucha.

Lo que hacía aquel muchacho—se había arrancado por malagueñas—lo hacen a diario las sierras en todas las carpinterías, y nadie las aplaude ni las jalea. Sin embargo, aquí, lo mismo las tres mujeres que Pepín y Polito, habían roto en un tableteo de palmas y en una de gritos en cuanto Gonzalo abrió la boca, que parecían haberse propuesto echar abajo la casa. Tal vez gritasen y metiesen tanto ruido para evitar con él que se oyesen los berridos del cantador, pero lo cierto era que los «¡olés!» no cesaban. Verdad es que Gonzalo, cantando, estaba como para que lo oleasen.

El barullo era cada vez mayor; a falta de guitarra, la concurrencia

acompañaba al artista dando patadas en el suelo o golpeando el cristal de las copas y botellas con los cubiertos.

De pronto el cantaor cortó la copla en medio de un verso, como esas de las obras de género chico que un matón llega a interrumpir cuando se avecina la tragedia.

—Bueno, adelante—dijo Gonzalo—andad vosotras, que ya habréis descansado bastante; anda tú, Polo.

—Yo quisiera pediros a todos un favor—dijo el aludido.

—¿Cuál?

—Quedarme para el último; que actúe ahora Pepín, y yo iré detrás de él.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque... no estoy ahora inspirado.

No hubo inconveniente. Se corrió el turno y Castropolo ocupó el puesto que poco antes dejara vacante Gonzalo.

Ningún incidente digno de mérito ocurrió durante su actuación. Villanueva, sin duda para animar el cuadro, reanudó su canto.

Pero ahora ya no le hacían caso; todos estaban atentos al trabajo de Pepín, deseando no perder ni un detalle. El mismo Gonzalo cantaba como distraído, mirando también la espalda y la cabeza del oficiante, que hacía de vez en cuando unas serpentinas muy raras.

Había empezado una nueva copla, cuya letra, en rigor, prometía mucho, pues no empezaba más que de la siguiente manera:

«¡Ay! En el vientre de mi madre
dos noches antes del parto...»

Pero ahí se quedó y fué una lástima; a la parte afuera de la puerta sonó tan enorme zambombazo, que todos, en el interior de la habitación, se estremecieron. Golpeaban con los pies en la madera y una voz cavernosa gritaba desde el pasillo:

—Abre, Gonzalo, que ya sé que estáis ahí.

—¿Quién es?—preguntó el aludido.

—Yo. ¿No me conoces?

Ni era fácil; aquella voz no debía ser la habitual de su propietario, sino más bien un producto congestivo del alcohol y del humo del tabaco.

—No abras, hombre — dijo Polito—. Será algún pelmazo.

Pero el de afuera insistía:

—Abre, hombre; es que estamos aquí al lado con Pampliega, me he enterado de que estabais aquí, y vengo a saludaros.

Gonzalo, al oir aquello, se dispuso a abrir; pero antes, y ya con el pasador de la puerta en la mano, preguntó otra vez:

—Bueno; pero, ¿quién eres?

—¡Yo, hombre! ¿Es que no lo has oído? Si te lo estoy diciendo hace una hora.

—Ya, ya...

Polito lo detuvo y, señalando al grupo de Pepín y las mujeres, le dijo un poco asustado:

—Bueno; pero, ¿y esto?

—¡Ah, nada! No vamos a interrumpir el concurso porque entre una visita; ya ves cómo el interesado ni siquiera se mueve.

En efecto. Pepín alzó los hombros como para indicar que nada le importaba la entrada allí de Madrid entero, y que él, viniese quien viniese, no pensaba interrumpir su faena mientras no la terminase a conciencia.

Entonces Gonzalo abrió la puerta, y apareció en ella Fernandito Muñiz, uno de los políticos más jóvenes que seguían al conde de Pamplega, y que, a pesar de su juventud, ya había desempeñado algún alto cargo.

Pero, ¿quién le conocía? Él, de ordinario correcto y atildado como un maniquí, venía ahora en mangas de camisa, con los pelos caídos por la frente como el agua de una cascada, y la corbata anudada sobre un hombro, en un nuevo ensayo de la moda.

—¡Arrea! Pero, ¿eres tú?

—No, soy mi suegro.

Esta del suegro era su pesadilla; habíase casado hacia muy pocos meses con una mujer guapa y riquísima, a la que, para ser completa, sólo le faltaba que se le muriera el padre. Pero el padre no se moría, y Fernandito soñaba con él todas las noches. En cuanto se emborrachaba—y lo hacía a turno par—empezaba a maldecir a su suegro y a hacerse en él aguas mayores, cosa que hacía también estando sereno, con más conciencia todavía.

El nuevo huésped vió el cuadro que presentaba la estancia, y sin maravillarse lo más mínimo, pues ya suponía él antes de entrar que aquellos puntos no estarían allí ha-

ciendo los ejercicios espirituales de San Ignacio, dió la vuelta a la mesa, colocóse detrás de Pepín Castropolo y empezó a examinar en silencio la labor de orfebrería en que éste se hallaba empleado, como un crítico de arte podría examinar un cuadro.

A veces, adjudicándose la dirección espiritual de la operación, hacía al oficiante muy atinadas observaciones.

—A ver. Insiste ahí.

—No osciles tan pronto a la derecha.

—El paso al otro lado debes hacerlo de pronto.

—Ahora, un pase general de arriba abajo. ¡Así!

Otras veces, no pudiendo reprimir su entusiasmo ante un detalle ma-

gistral de Pepín, prorrumpía en un grito de admiración:

—¡Bravo! ¡Magnífico!... ¡Estupendo!

Era un gran teórico del aterrizaje; pero, según decían sus íntimos, y sobre todo sus íntimas—que en estas cuestiones habían necesariamente de tener más autoridad que ellos—, no pasaba de la teoría. En cuanto llegaba a la práctica se armaba un lío con los propios bigotes y con otras cosas parecidas, y rara vez podía rematar la suerte. Le pasaba lo que a esos revisteros de toros que no saben cómo se coge una banderilla, o a esos otros revisteros literarios que, poseedores de la ciencia de escribir cuentos y novelas, cuando hacen un libro no venden un ejemplar ni por carambola.

Al entrar Fernando Muñiz, la puerta de la estancia había quedado abierta. Y ocurrió que poco a poco, y sin que Gonzalo y los suyos se dieran cuenta hasta el final, la habitación se fué llenando de gente.

Eran todos los comensales del banquete... político de Pampliega que iban acudiendo por series. Primero entraba uno y, calladamente, sin decir siquiera buenas noches, porque ya suponía él que serían muy buenas, se colocaba al lado de Muñiz y convertíase en un espectador más.

Tras él entraba otro u otra, pues ya hemos dicho que al homenaje al ministro asistían señoras, como ocurre en Inglaterra en actos análogos.

A juzgar por la masa de público

allí congregado, en la habitación de Pampliega no debía quedar nadie más que el propio homenajeado, que a lo mejor estaría tumbado debajo de una mesa con la más liberal de las borracheras.

Pepín Castropolo estaba hecho un héroe; cual si estuviese a solas con la Rubiños—que era la que ahora estaba en turno—en un gabinetito de su propia casa, trabajaba con una soltura, con una libertad de movimientos, que realmente podía servir de modelo.

Gonzalo miraba a Polito y parecía decirle:

—Este pollo nos birla el campeonato.

Pero en el róstro del futuro embajador había una mueca desdeñosa que era a la vez un gesto de alti-

va superioridad y confianza en sí mismo.

Castropolo iba a terminar. La Rubiños, que era una ingenua que no sabía fingir sus impresiones, tenía ya en la cara ese anuncio de liquidaciones próximas que rara vez engaña.

Y, en efecto, la liquidación vino. Y entonces el concurso, silencioso hasta ahora, prorrumpió en vítores, en aclamaciones de entusiasmo, como en las plazas de toros cuando el matador, después de una faena primorosa, remata con una reverendísima estocada.

Realmente Pepín había realizado una labor de artista. Parecía mentira que un muchacho al que en su conversación ordinaria se le atravesaban las erres muchas veces y

se le trababa la lengua con harta frecuencia, la tuviese luego tan expedita para otros menesteres.

Gonzalo paseó la vista por la concurrencia, que ensordecía con sus clamoreos; la habitación estaba llena. A la izquierda del joven vió éste, asomando por entre los hombros de los demás, una cara picuda con unos bigotes muy lacios, y los ojos, de ordinario vivos y punzantes, empañados ahora por el vaho del alcohol.

Se fijó bien: era Pampliega. El hombre miraba el final de la faena con mirada de tasador de alhajas. Como hablando consigo mismo, decía:

—Sí, no está mal... Pero se puede hacer mejor.

***

La habitación se había vuelto a quedar vacía de curiosos. Todos, roto ya el incógnito ridículo de primera hora, se habían trasladado al patio de la casa y entregábanse allí a las delicias de la danza.

Habían creído sin duda que en el cuarto de Gonzalo ya no quedaba nada que ver, y habían abandonado el campo.

Le llegaba el turno a Polito; pero éste, que llevaba un largo rato pensativo, tenía algo grave que decir.

—Bueno: os he estado mirando, y me parecéis unos niños de teta.

—¡Caramba, hombre! A ver tú lo que haces—le dijo Pepín, que estaba orgulloso de su triunfo.

—Yo hago lo mismo que vosotros habéis hecho, y algo más. Pero es preciso que os prestéis a ello.

—Tú dirás—le dijo Gonzalo casi en tono de reto.

—Pues digo lo siguiente: como aquí, en realidad, ya no tenemos nada que hacer, ahora nos marchamos a la calle, subimos en el coche, y ya dentro de él, yo cojo a ésta—señalaba a la *Felpudo*—, la coloco a mi gusto, me pongo yo también en forma propicia, tú, Gonzalo, te agarras al volante, y bajamos la cuesta a todo meter, como un rayo...

—¿Y qué?

—Nada: yo respondo de que antes de que hayamos terminado de bajar la cuesta, antes de llegar al viraje del puente, aquí la señora se ha dado por satisfecha y yo me he ganado la copa.

Las mujeres querían comérselo. ¡Qué gallardía! ¡Qué audacia más

original! La morena y la castaña envidiaban a la rubia, que iba a ser la protagonista de la aventura. La *Espasmódica* llegó a decirla:

—Chica, ¡qué suerte tienes! Te compro el puesto por lo que quieras.

—No lo vendo. Pues poco que me pienso divertir...

Gonzalo y Pepín se miraban un poco absortos. Al fin el primero, encarándose con Polito, le dijo:

—¿Tú sabes que yo, con ese coche, hago la bajada de la cuesta en cincuenta y dos segundos?

—Me sobran treinta.

—¡Exagerao!

—Vamos a verlo.

—¡Vamos!

Gonzalo bajó al mostrador a arreglar la cuenta. La *Felpudo* y la *Es-*

pasmódica se enlazaron por el talle y empezaron a desgranar un pasodoble alrededor de la mesa, aprovechando la música del organillo que sonaba en el patio. Pepín había cogido a la Rubiños por su cuenta, y tumbándola de costado en la *chaise-longue*, trataba de convencerla de que eso de la penetración pacífica en Marruecos no era una cosa tan difícil como algunos pesimistas propalaban. Polito, el héroe futuro, provisto de una botella de coñac, hacía gárgaras en un rincón, sin duda para dar a la garganta y a las mucosas de la boca la necesaria elasticidad. Era como los boxeadores, que fortalecen los músculos con embrocaciones antes de la lucha.

Gonzalo tardó un rato en subir. Cuando lo hizo, dispusiéronse to-

dos a ponerse en marcha; la casa era aquella la hora en que estaba más animada. En el patio no cabía un alfiler; al refuerzo grande de los comensales de Pampliega se había unido el de los procedentes de los otros cuartos, que, necesitando mayor espacio para sus hazañas que el reducido de las cuatro paredes, habían bajado también a sumarse al rebullicio general.

Tenía aquello cada vez más el aspecto de un baile de Carnaval. El ministro se había quitado la americana—¡era tan chulo!—, y agarrado a una rubia asfixiante, daba unas vueltas de vals un poco arbitrarias. A la puerta de la casa hacía tiempo que se había detenido una pareja de guardias civiles a caballo, como si esperasen las órde-

nes que le pluguiese dar a su excelencia. También parecía que estaban aguardando el momento en que se pusiese ya muy borracho para llevárselo detenido.

Cuando Gonzalo y los suyos salieron a la carretera, el día comenzaba ya a despuntar. Terminado el imperio de la grata frescura nocturna, la nueva jornada veraniega se anunciaba ya como un nuevo incendio con una franja roja, todavía muy estrecha, que manchaba el cielo por encima de Madrid.

La fila de carruajes detenida ante el hotel no sólo no había disminuído, sino que parecía haber aumentado. Era temprano para la retirada de los juerguistas, que estiman siempre una deshonra, y más en el

verano, volver a casa con otra luz que la del sol.

La *troupe* de Gonzalo, no es que se retiraba: es que cambiaba simplemente el lugar de sus hazañas.

Costó algún trabajo el acomodar a todos en el automóvil, pues aunque el coche era grande, había que dejar espacio para que el grupo de Polo y la *Felpudo* se colocase con cierta holgura. Al fin, y después de varios estudios geométricos, el problema se resolvió con ayuda de una buena voluntad.

Gonzalo y Pepín hallaron acomodo en el pescante; la *Espasmódica* y la otra se colocaron en los dos asientos volantes del interior del coche, y quedó reservado todo el diván de atras para la parejita de

tórtolos que iban a llevar a cabo la estupenda hazaña.

Aún sobró sitio. El grupo, una vez formado, era digno de un friso clásico, o de una de esas diabluras escultóricas que se admiran en el Museo secreto de Nápoles, y que son algo así como la apoteosis de la diablura cachonda.

No había tiempo que perder. Gonzalo llevó el coche al centro de la carretera y, agarrado al volante, volvióse a los de atrás para decirles:

—¿Estamos listos?

—Cuando quieras—contestó Polito.

El coche trepidó un poco; Villanueva levantó el pie que sujetaba el freno, y el artefacto salió despedido cuesta abajo, como quien va a dar un recado urgente.

Levantaba una nube de polvo entre la cual desaparecía, cortando el aire como la bala de un cañón. La cosa duró unos segundos, acaso menos de los que el propio Gonzalo había presupuestado, pero durante ellos ocurrieron muchas cosas. Y es que cuando se aprovecha bien el tiempo...

Lo primero que ocurrió fué que Polito Suárez, futuro embajador de España en las grandes capitales europeas, enteróse, apenas dió comienzo a la batalla, de por qué a aquella mujer le llamaban la *Felpudo.*

Él había oído decir en sus primeros años que una de las causas—acaso la primordial—de que España no pudiese acabar con felicidad la maldita guerra de Cuba, había

sido la manigua. Aquel exceso de vegetación que rodeaba a nuestras tropas por doquier, como si creciesen plantas hasta en el mismo cañón de sus fusiles, servía para dos cosas, a cual más lamentables: para impedir los movimientos del soldado y para servir de escondrijo poco menos que inviolable a las asechanzas del enemigo.

El guerrillero tenía que entregarse a una labor eminentemente agrícola, como es la poda, en el curso mismo de la batalla. Y es que con todo se puede luchar en este mundo menos con un lío.

Algo de esto, aunque claro que en menor escala, le pasaba a Polito al querer empezar el desarrollo de su programa; a la dificultad grande que suponía la premura angustiosa

del tiempo en que había de realizarlo, venía a unirse esta de la exagerada espesura del bosque que guardaba la entrada en esta nueva gruta del Fingal.

Era verdad. Aquello era un verdadero felpudo.

Pero no era Polito hombre al que arredrasen las primeras dificultades. Se trataba de aprovechar el tiempo, y él sabía muy bien que el verdadero éxito estaba en hacer que el trabajo ganase en intensidad desde el principio lo que no se le podía dar en extensión.

Y así lo hizo: con tal acierto, con tan rara ponderación de fuerzas, que a los doce segundos escasos de haber emprendido el auto la marcha—mejor diríamos el vuelo—, ya la joven rubia empezaba a sentir en sus ha

bitaciones interiores esas señales inconfundibles que anuncian muy de cerca la llegada de algo definitivo.

Ella, en el fondo de su conciencia, santuario donde rara vez se alberga el engaño, había concedido ya la copa al futuro—¿?—embajador; luego sus amigas podrían decir lo que quisieran, pero lo que es su voto ya estaba adjudicado.

Gonzalo, sin descuidar la dirección del coche, y procurando aumentar la velocidad todo lo que podía, volvía de vez en cuando la cabeza.

—Este Polito es un insensato—pensaba él—; no sabe a lo que se ha comprometido. Eso sería batir con mucho el *record*.

Faltaba sólo un centenar de me-

tros para llegar al final de la cuesta, en aquel viraje de la entrada del puente, que era la meseta señalada. El coche, como si se fuera animando a sí mismo con la marcha, parecía correr cada vez más. Parecía no tocar el suelo con las ruedas.

La *Espasmódica* y la Rubiños, enteradas, sin duda, de algo que los del pescante no podían ver, habían empezado a dar unos gritos triunfales.

—¡Vivaaa!

—¡Soberbio!

—¡Vaya un tío!

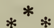
—¡Bravo por el embajador!

Pero con el ruido de la marcha, ni ellas mismas oían sus voces.

El coche llegó por fin al puente; Gonzalo inició la vuelta atrevida, y a la mitad de ella púsose de pie, vol-

vió la cara, e invitó a Pepín Castropolo a hacer lo mismo.

No podían creer lo que veían; aquel tío era un bárbaro. En el centro del asiento, muy pálida, derrotada, vencida, la *Felpudo* se había desmayado. Polito Suárez, con la cara satisfecha, y replegado a un rincón del coche, se abrochaba el cuello de la camisa, que, para tener más libertad, se había desabrochado al empezar el lance.



Como no hubiera sido sensato parar en medio del puente, Gonzalo siguió la marcha hasta pasarlo y doblar la curva del lado opuesto.

Ya allí, y muy cerca de la Puerta de Hierro, se detuvo y se apearon los dos que iban en el pescante.

Las dos furcias trataban de reanimar a su amiga, cosa nada fácil. Gonzalo, un poco mosca, la sacudió por un hombro, y al ver que no respondía, dijo:

—¡Qué barbaridad! No creo que sea para tanto.

—¡Qué sabes tú!—le dijo la *Espasmódica*, que salió a la defensa de la amiga.

Pepín Castropolo tenía una espina clavada en el corazón y quería sacársela.

—Bueno, un poco de calma; yo no tengo inconveniente en que éste se lleve la copa, pero se me ocurre una advertencia.

Polito, que apenas podía hablar por el esfuerzo hecho, apeándose también del coche, se adelanto para decir:

—Tú dirás.

—¿Es que el concurso de aterrizaje era un concurso de velocidad?... En otros términos: el premio, ¿debe ser para el que lo haya hecho en menos tiempo o para el que lo haya hecho mejor?... Creo que es una preguntita.

Polito se encogió de hombros y le volvió la espalda, como diciéndole:

—Todo eso no son más que bagatelas.

Gonzalo, como era otro de los derrotados, se agarró a aquel clavo hecho ascuas.

—Hemos debido aclararlo bien en las condiciones del concurso.

Pero las mujeres, voto supremo en estas cuestiones, dijeron por boca de la *Espasmódica*:

—¡Pero qué primos sois! ¿No os

dais cuenta de que, en estas cuestiones, hacerlo de prisa es lo mismo que hacerlo bien?

No hubo discusión posible; la copa fué para Polito Suárez, y cuando el diplomático en agraz pidió que le entregaran el premio, resultó que la copa no estaba hecha; había que encargarla a cualquier joyero, pagándola por anticipado.

La *Felpudo* no volvía en sí; Pepín expuso un plan para reanimarla.

—Vamos a Madrid, nos metemos en el Retiro y nos embarcamos en el estanque. ¿Qué os parece?

Todos aprobaron complacidos. Era un bonito final de aventura, y Gonzalo se encargó de poner el complemento.

—¿A que no sabéis de qué tengo yo ganas ahora?

Se echaron a temblar: creyeron que se trataría de una de esas necesidades apremiantes que asaltan a lo mejor a los varones más discretos y les obligan a apartarse a un lugar solitario, retrasando así la marcha de los demás.

—Ahí detrás de esas matas debe haber un sitio muy confortable—dijo Polito.

—¡No seas estúpido! No se trata de eso... Lo que me apetece a mí ahora es darme un atracón de churros.

—¡Muy bien! Los compramos al pasar en la churrería de la Corredera, que los hacen hasta con música, y nos los comemos en el Retiro.

Dicho y ejecutado.

Volvieron a subir todos al automóvil, donde la rubia seguía imper-

térrita, echándose una siesta de abrigo, y emprendieron la marcha, Florida adelante.

Poco a poco—¡qué raro!—se iba haciendo de día. El calor aún no molestaba, y la pintoresca caravana, al desfilar por las calles de Madrid, sólo conseguía alarmar al burro de algún trapero o hacer desviar un poco el chorro de agua de algún manguero de la Villa.

La corte tenía en aquellas horas ese aspecto de aduar provisional que tienen todas las grandes capitales al amanecer, y que, después de todo, resulta naturalísimo e inevitable. Si viéramos a las grandes damas, a las reinas indiscutibles de la elegancia y de la hermosura, en las primeras horas del día al levantarse de la cama, nos producirían

esa misma impresión de derribo y de cosa emporcada.

El auto de Gonzalo, cruzando por San Marcial toda la plaza de España, siguió por la calle de los Reyes, cruzó la de San Bernardo y se metió por la del Pez; al final de ésta y ya en la Corredera, torció a la izquierda y se detuvo a los poco pasos a la puerta de la churrería.

Estaba este cafetín famoso frente casi al edificio del Refugio, y tenía, como otros de su categoría, la envidiable condición de no cerrarse en toda la noche. Su servicio, como el de algunas farmacias y funerarias, era permanente; pero en cambio, durante las horas del día reinaba de ordinario en él la más absoluta soledad.

Cuando penetró en su interior la

pandilla capitaneada por Gonzalo, la concurrencia, sin ser muy espesa, era lo suficientemente numerosa para que sólo quedase una mesa libre.

El público era tan variado como los ingredientes que entraban en la confección del célebre chocolate y de los no menos famosos churros de la casa; en la gran mesa de junto al hornillo había dos chulos de esos que van siempre sin afeitar—aun cuando acaban de salir de la peluquería—, acompañados por dos golfas del Horno de la Mata o Andrés Borrego, que hacen ofrendas en el altar del amor por dos pesetas y... también parece que van siempre sin afeitar, como sus acompañantes. Dos viejecitas, cubiertas las cabezas por el velo, desayunaban en la

mesa de al lado de la puerta; eran indudablemente dos beatas que, de regreso de la misa del alba, no querían acogerse a sus casas sin haberse forrado un poquitín el estómago. Había también una parejita de señoritos «bien», indudablemente una comprometida con su chulo, que era un pollo de americana entallada y un soberbío par de pulseras, que al reir hacía un gesto un poco maligno.

Gonzalo bajó solo, pues no se trataba más que de surtirse de churros para comerlos fuera del local.

Ya iba a ello, cuando la Rubiños le llamó. Habían notado que la *Felpudo* se removía un poco, como si fuera a volver de su letargo, y quisieron, ella y la *Espasmódica,* ayudar la obra de la Naturaleza.

—Oye, tráete para ésta una copa de aguardiente, que ya parece que vuelve.

—Bueno, ya vuelvo.

Estaba ya el joven dentro de la tienda, cuando le dijeron a gritos:

—Y tráete algo parecido para nosotras, que también somos hijas de Dios.

—No, y que yo—agregó la *Espasmódica*—cuando veo beber y no bebo parece que se me va a salir la hiel por la boca.

A poco apareció un pequeño, con los brazos muy arremangados, y sujetando con ellos una bandeja sobre la que se veían tres copitas de aguardiente.

En ayunas, aquello resultaba un néctar; como buenas amigas, las dos furcias se bebieron su copa y luego

acercaron la que quedaba llena a los labios de la *Felpudo.* Apenas dió a ésta el olor del picante líquido, pegó un respingo como si le hubieran aplicado en el trasero una cantárida. No abrió los ojos, pero empezó a reir muy complacida; de un trago, con verdadera voracidad, como si tuviera una sed muy grande, se bebió el contenido de la copa.

Y cuando todos esperaban que, reanimada por el aguardentazo, volviese a la vida, volvió a caer en el sopor de antes, como para no levantarse más.

La *Espasmódica* le tomó los pulsos, y dijo:

—Esta mujer está de pronóstico.

Para ella esto era una cosa muy grave.

La Rubiños, siempre sensata, propuso:

—Yo creo que debiéramos llevarla a su casa. Por lo menos, si se muere, que muera bajo techado.

Pero ya salía Gonzalo con los churros; traía las dos manos llenas, un gran trozo en la boca a modo de puro, y además otra rueda completa colgada al cuello, como si fuera una medalla de congregante. Detrás de él salía el chico que había sacado poco antes las copas, con un barreño enorme lleno de churros hasta formar una pirámide gigantesca.

Villanueva llegó hasta el coche, hizo que se apretaran en el asiento Polito y las dos mujeres, y dijo al chico, señalándole el sitio que había quedado libre en el interior del carruaje:

—Vuelca ahí eso, y vete por otra.

Fué una catarata de masa grasienta la que cayó sobre el linoleum y la gutapercha del interior del auto. Los churros de la casa tenían fama en todo Madrid, porque decían que estaban hechos con aceite de ricino completamente virgen, y que por ello eran muy buenos para el estómago. A la churrería de la Corredera iba mucha gente a purgarse y a hacer una cura, como puede irse a Mondariz o a Cestona.

Algo debía haber de verdad en ello, porque apenas el chico vertió el contenido del segundo barreño, se esparció por la atmósfera un olor a farmacia bastante evocador. Los pies de los viajeros se vieron pronto enredados por aquellas serpentinas apetitosas, como los de las mas-

caritas en las tardes de Carnaval.

Hecha la provisión, Gonzalo tornó a coger el volante, y, poniendo el coche en marcha, dijo a los demás:

—Ahora al Retiro, a ver salir el Sol.

Y allá se fueron.

De cuando en cuando el auto, en su paso por las calles, al tomar mal un bache, o al hacer un viraje demasiado rápido, iba dejando una estela, además de la habitual del combustible: era un pedazo de churro que saltaba al pavimento, como si lo arrojasen de un balcón.

Un perro callejero se acercaba a él, le olía, y se lo tragaba tranquilamente.

Al poco rato el animalito, después de haber arrastrado unos minutos la

barriguita por el suelo, se acercaba a una esquina, se sentaba a medias, y dejaba también escape libre.

Era el purgante que hacía su obra.



Seguramente el primer carruaje que penetró en el Retiro por el paseo de coches en aquella hermosa mañana de Agosto fué el auto de Gonzalo.

Acababan de abrir la enorme verja cuando la caravana pasó por la estatua de Espartero. El coche casi rozó, con uno de los guardabarros, al empleado municipal, que a costa de grandes sudores—no hacía otra cosa en todo el día—había abierto muy despacio el gigantesco portón de hierro.

Gonzalo, sin duda para compensarle el susto, le tiró desde lo alto, al pasar, el churro más enorme de la colección.

El guarda, que a pesar de llevar veintitrés años en aquel puesto era un hombre sencillo, lo cogió, pensando para sí:

—Será un anuncio.

Y lo guardó para comérselo a las once, cuando fuera a la taberna de la calle de O'Donnell a tomarse la copita de todos los días.

Al pasar frente a la casa de fieras, Pepín propuso entrar y convidar a churros a todos los huéspedes de la mansión, pero Gonzalo se opuso.

Sería demasiado cruel; esos pobres bichos no han comido desde que perdieron la libertad, y darles ahora algo de comer sería ponerles

la miel en los labios para retirársela en seguida.

Dejaron el coche en la esquina de la avenida que conduce al estanque grande. Los churros fueron transportados en los bolsillos, los sombreros, las manos, y algunos en el estómago.

Llegaron al estanque, el cual, a tal hora, conservando aún la quietud de la noche, parecía una inmensa lámina de estaño. Gonzalo, como siempre, se encargó de dar a los demás la pauta de lo que tenían que hacer; se encaminó al embarcadero, y desatando el amarre de la lancha que le pareció más pintoresca, un precioso bote de sardinas, con dos remos y pintado de azul, se metió en ella e invitó a meterse a los demás.

No tardaron en imitarle; la provi-

sión de churros tornó a ser vaciada en el fondo de la embarcación, en el que había un solaje de agua.

La nave emprendió el rumbo hacia el monumento de Alfonso XII; remaban Gonzalo y la Rubiños. Polito Suárez llevaba el timón y Pepín Castropolo se entretenía en hacer barquitos de papel y tirarlos al agua. La *Espasmódica*, muy influída por lo poético de la hora, cuidaba con solicitudes maternales de la *Felpudo*, que aún no había creído conveniente volver a la vida.

El bote de sardinas marchaba bien; cortando el agua como una plegadera —el símil se me acaba de ocurrir ahoramismo porgeneración espontánea—, llevaba camino de comerse en unos segundos la distancia que separaba las dos orillas.

Pero al llegar al centro del estanque, Gonzalo soltó el remo y se puso de pie.

—¡Alto!

—¿Qué pasa?

—Que ya hemos llegado.

—¿Cómo que hemos llegado?

—¿Dónde?

—Donde íbamos.

—Pero, ¿qué dices?

—Ha llegado la hora del desayuno. ¿No tenéis hambre?

Sí la tenían; la cena de la madrugada anterior, aunque abundante con exceso, tenía esa condición que tienen los manjares de todos los menús de las juergas: hinchan, pero no alimentan.

Gonzalo despojóse de la americana, se arremangó hasta el hombro la camisa, y apoderándose de un

churro bastante agraciado, inclinóse con él hacia el agua por encima de la borda y lo empapó a su sabor; cuando ya estaba a punto de deshacerse, de puro blando, lo extrajo y se lo llevó a la boca, paladeándolo con delectación.

Después de uno, otro; el chico llevaba camino de agotar todas las existencias. Con ese mimetismo acendrado que se desarrolla entre los juerguistas, al poco rato toda la comitiva deglutía churros mojados en agua del estanque, en lugar de chocolate. Aquel agua, un poco verdosa, que en las tardes de los días festivos recibía todas las injurias de los infinitos horteras y soldados que se embarcaban, tenía un sabor ácido y picante que completaba a maravilla el gusto aceitoso del churro.

Parecía haberse despertado en todos un apetito extraordinario. De seguir a aquel paso, muy pronto de la pirámide enorme de churros sólo quedaría en el fondo de la barca ese polvillo azucarado que van desprendiendo poco a poco, como el residuo o las migajas de un banquete.

Repartidos entre los dos lados de la barca, y muy atareados en la faena de mojar y comer, parecían un equipo de pescadores que vigilasen atentamente sus redes, entre cuyas mallas habían de sacar envuelto el pan de cada día.

Pero no todos comían: tumbada en la popa de la barca estaba la *Felpudo*, continuando el sueño en que había caído una hora antes. ¿Cómo era posible que el trabajo de Polito la hubiese causado tanta impresión?

De que no estaba muerta daban fe unos ronquidos estentóreos que lanzaba de cuando en cuando y que servían como de orquesta de tziganes a aquel banquete matutino.

Se habían olvidado de ella. La pesadez del desmayo, o de lo que fuera aquello, hizo que hasta la *Espasmódica* prescindiese de la amiga para dedicarse al churro aguado con todas sus consecuencias.

Pero una de las veces en que Gonzalo se volvió a surtirse de alimento al fondo de la barca, fijóse en ella.

—Bueno; pero ¿qué le pasa a esa mujer?

—Pues ya lo ves: que aún no vuelve—replicóle la *Espasmódica*.

—A ver si nos va a dar el día.

—No te diré yo que no, porque ésta, cuando las coge...

Gonzalo quedóse un rato mirando a la accidentada; algo muy heroico se le debía estar ocurriendo, porque a veces apartaba los ojos de la mujer para fijarlos en el agua del estanque. Después se quedaba pensativo, como si midiese las dificultades de una empresa en proyecto.

Se decidió por fin.

—Si estáis dispuestos a ayudarme, yo acabo con esto en seguida.

—¿De qué se trata?—preguntó Pepín.

—Ahora veréis.

Fué a la durmiente, la sacudió un poco, y visto que no respondía, comenzó a despojarla de la blusa.

—Necesito que me ayudéis: se trata de dejarla completamente desnuda.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis.

No era empresa difícil; cayeron los cinco sobre el cuerpo de la *Felpudo* y empezaron a quitar las prendas, como quien despoja del pellejo a una res. Operaban con alguna brutalidad, no ciertamente por sadismo, sino porque contando con la insensibilidad de la accidentada, no temían hacerla daño.

Muy pronto las carnes de la muchacha, libres hasta del estorbo de las medias y los zapatos, quedaron al aire, recibiendo el primer rayo de sol del día, que se asomaba por encima de las copas de los árboles. Tenía un hermoso cuerpo la condenada, y en el centro de él, como una fronda más de aquellas que rodeaban el estanque, estaba la selva que había dado origen al mote con que todos la distinguían.

—Bueno: ahora hay que cogerla con habilidad; la cuestión es que no se nos escape.

—Pero, ¿qué vamos a hacer con ella? — preguntó la Rubiños, algo alarmada.

—¡Serás tonta! Bañarla; no hay mejor remedio.

—¡Jesús! ¿Y si se ahoga?

—¿Por qué se va a ahogar? Veréis: primero la agarramos por los pies y la metemos en el agua cabeza abajo, para que con la impresión en el cerebro se descongestione.

—¡Qué barbaridad!—dijo la *Espasmódica*.

—¡No seas idiota! Mira que te bañamos también a ti, *so* burra...

—No; por mí, venga.

—Luego la daremos la vuelta y la tendremos un rato con el agua al

cuello. Veréis como no falla el sistema.

Polito había cogido ya a la rubia por la cintura y casi la levantaba a pulso sobre la barca.

—Tráela para acá—le dijo Gonzalo.

Parecía que iban a tirar al agua un cadáver. Felizmente no era eso.

Todos tomaban parte en la faena, aunque la mayoría de ellos no hacían más que estorbar. Vista la decisión de Gonzalo, en quien todos parecían haber delegado su propia voluntad desde el principio de la juerga, nadie osaba oponer una protesta.

A alguno, sin embargo, parecíale peor el remedio que la enfermedad; la chica, una vez metida en el agua, podía escapárseles de las manos y

acabar en el fondo del estanque, mientras ellos acababan en el Juzgado de guardia.

La cosa no resultaría nada divertida, pero era preciso resignarse.

Gonzalo y Pepín, como los dos más forzudos, cogieron a la bañista por cada una de sus piernas, y soltando los demás, hiciéronla dar la vuelta de campana. El cuerpo, así invertido, fué sumergiéndose poco a poco en el agua; al entrar la cabeza, el peinado, ya un poco alborotado por los vaivenes de la noche, se deshizo del todo, y parecía la mata de pelo esparcida y nadando así sobre las aguas, como esos manojos de algas que ciertos pescadores optimistas confunden con salmonetes. En cambio, las horquillas, al desprenderse del pelo y brillar un poco

antes de irse al fondo, daban la ilusión de ser unos pececillos argentados que saliesen de un macizo de plantas acuáticas.

Fué entrando el cuerpo por etapas: tras el cuello, el pecho, con sus bolsas colgando en dirección inversa; después, el hoyuelo del ombligo, produciendo en el agua un ligero remolino, y más tarde, al mojarse el vértice del centro del cuerpo, volvió a repetirse la ilusión del manojo de algas de poco antes.

Quedó sumergida hasta las mismas rodillas en aquella postura, que no resultaba nada cómoda. Desde arriba se la veía como metida en un fanal verde, perdido un poco el contorno de la figura, y como si ésta de cuando en cuando fuera a quebrar-

se, a deshacerse, por el inevitable rielar de las aguas.

No habría transcurrido ni medio minuto cuando la *Felpudo*, cual si la hubieran aplicado una corriente eléctrica, empezó a dar unas sacudidas espantosas. Se la veía debatirse, hacer esfuerzos desesperados por salir fuera, o, al menos, por cambiar de postura. Esfuerzos harto inútiles, pues no teniendo las manos donde agarrarse, sus palmetazos no servían más que para agitar y enturbiar el agua.

Gonzalo y Castropolo sentían arriba la tremenda vibración de todo el cuerpo, teniendo que redoblar el esfuerzo para que la bañista no se les escapase.

Las otras dos mujeres comenzaron a dar gritos.

—¡Ay!

—¿Qué es eso?

—¡Que se ahoga!

—¡Sacadla!

Gonzalo las mandó callar y, sin duda para tranquilizarlas, las dijo:

—Está probado que una persona, para ahogarse, necesita estar cuatro minutos con la cabeza debajo del agua; ésta no lleva ni uno. Oye tú, Polo: saca el reloj, y cuando hayan pasado tres, nos avisas.

Al oir aquello las compañeras de la víctima, empezaron a aullar de nuevo.

—¡No seas bruto, Gonzalo!

—Eso es un crimen.

—¡Pobrecilla!

—No nos pescaréis en otra.

—¡Salvajes!

La *Felpudo*, convertida en cala-

mar, se agitaba con más furia que antes.

La Rubiños preguntó:

—¡Ay! Pero ¿qué la pasa?

—¿Cómo, que qué la pasa?—dijo Gonzalo entre risotadas—. ¿Qué queréis que la pase? Que vuelve, que vuelve en sí como una personita. ¿No os dije yo que el sistema era infalible?

Polito, que no había dejado de mirar el reloj, dijo de pronto:

—Faltan diez segundos.

—Sacadla ya ¡por Dios! Para broma ya basta—dijo la Rubiños.

—Calma, calma... Las cosas hay que hacerlas bien.

La de abajo casi había dejado de moverse; por lo menos sus convulsiones no eran tan continuadas como antes, sino más bien unos movi-

mientos aislados, con grandes pausas de quietud.

Gonzalo, haciendo flexión con los brazos, dijo al compañero:

—¡Arriba!

El cuerpo comenzó a salir, recorriendo a la inversa el camino anterior; ahora se movía otra vez, y cuando ya tuvo fuera la cintura, dió un respingo que salpicó de agua a todos los ocupantes de la barca.

La cosa fué tan inesperada y tan violenta, que Gonzalo y Pepín, desprevenidos, soltaron las piernas. Hubo un poco de barullo, porque, además, todos, con los ojos llenos de agua, se habían quedado momentáneamente ciegos.

Gonzalo, al ver que la furcia se les escapaba, soltó un taco de tamaño natural.

—¡Repollo! Esta hija de la noche se va a ahogar.

Cuando se limpiaron la vista vieron a la *Felpudo* con la cabeza fuera del agua y agarrándose con las dos manos a la embarcación, con los dedos crispados, con verdadera ansia, como se agarran algunos políticos a los cargos públicos en cuanto circulan los más leves rumores de crisis.

Había empezado a chillar como una leona; sin duda quería desquitarse del tiempo que había estado abajo forzada a una mudez absoluta.

—¡Canallas! ¡Maricas! ¿Queríais matarme?... Dejadme que salga, o chillo.

—¿Todavía más?—le dijo Gonzalo sonriente—. Cállate, rica, que aún no hemos terminado.

Y como no obedeciera, la puso las dos manos en la boca, mientras Pepín Castropolo la sujetaba la cabeza.

Como para evitar hundirse de nuevo no podía soltar las manos de la borda, nada hacía por defenderse. Gonzalo, cuando estuvo así seguro de que no gritaría más, la dijo:

—¿Qué tal, rica? ¿Se te ha pasado ya el desmayo?... Si no hacemos esto contigo nos das la lata todo el día.

Ella, con los ojos, que era lo único que la quedaba libre, parecía pedir auxilio a sus compañeras. Pero éstas, aterradas aún por el trance pasado, se habían retirado a un rincón, teniendo en la cara ese gesto de miedo que se apodera de las golfas cuando en una juerga ven a uno

de los puntos con el juicio perdido y capaz de todas las barbaridades.

La *Felpudo*, con toda la cabellera rubia convertida en estopa por el agua, y pegada al cuello y a la espalda, parecía una perrita al salir de un baño; los ojos, cada vez más vivos, miraban a la *Espasmódica* y a la otra. Cuando se convenció de que ningún auxilio podía esperar de ellas, los dirigió instintivamente al cielo, y al fin acabó por cerrarlos.

Al verla más tranquila, Gonzalo fué poco a poco retirando las manos de su boca. Ella no volvía a chillar. El pollo, muy complacido, empezó a decirla:

—Así me gusta, tontina; si es por tu bien. No hay que incomodarse por tan poco. Los baños son muy

buenos para muchas cosas: una de ellas para que se pasen los desmayos.

—Sacadme yá de aquí—dijo ella con toda suavidad.

—Espera, espera; aún falta algo. Has estado tres minutos con la cabeza debajo del agua, y ahora, para que el tratamiento sea completo, tienes que estar diez con la cabeza fuera y el cuerpo dentro. Esto ya es más agradable, ¿verdad, rica?

Ella optó por echarse a reir; después de todo se trataba de una broma, hasta de buen gusto si se quiere. Era la costumbre en todas aquellas juergas de señoritos, y la golfa que concurría a una de ellas ya sabía que era preciso acabar riendo. Lo contrario la hubiera deshonrado para siempre, dentro del gremio.

—Si te sacamos ahora se corre el riesgo de que te vuelvas a desmayar. Y eso, no, ¡canastos! ¡Pobre *Felpudito!*

—No; eso, no. Yo te respondo de que no me desmayo más—dijo la rubia sin dejar de sonreir.

Era una manera como otra cualquiera de pedir perdón por la lata que les había dado. Y Gonzalo, que era un caballero, queriendo corresponder con una fineza a aquella humillación de la chica, la dijo:

—Anda: para que estés más cómoda ahí dentro, éste y yo te sujetaremos por los sobacos. Así puedes tú soltarte de la barca.

La chica no se atrevía a hacerlo, por si acaso se trataba de una nueva broma más feroz. Pero por fin lo hizo, poco a poco.

Media hora se le antojaron los escasos minutos que aún estuvo en el agua, balanceándose sobre los brazos de los pollos.

Al cabo de ellos la alzaron a pulso y la arrojaron al fondo de la barca, como quien tira un fardo de bacalao procedente de un naufragio.



La chica sintió frío y trató de vestirse.

No fué cosa fácil; al desnudarla poco antes de aquel modo violento, cada prenda había caído en un rincón de la barca, y tuvo que proceder a buscarlas.

Las fué encontrando todas; pero como en el tiempo que ella estuvo de baños nadie se había cuidado en

dónde ponía los pies, estaban pisoteadas y sucias.

El sombrero—que fué, ¡oh sarcasmo!, lo primero que encontró—estaba convertido en una verdadera tarta, uno de esos *puding* que se ven en los escaparates de las reposterías, y que hizo exclamar a Gonzalo cuando lo vió:

—¡Ay, qué rico! Yo quería un pedazo.

—Por mí puedes comértelo todo; no me lo pienso poner.

—¿Cómo que no? Pues poco preciosa que vas a estar con él... ¡Que se lo ponga!

Y como obedeciendo a una consigna, todos—las mujeres las primeras—empezaron a gritar:

—¡Que se lo ponga!... ¡Que se lo ponga!... ¡Que se lo ponga!...

Tuvo que ponérselo.

Realmente, estaba preciosa; con los pelos lacios y estoposos por la mojadura, y aquella especie de ensaimada tísica puesta sobre ellos á modo de corona, la cabeza de la *Felpudo* no se diferenciaba de la de *Madame Pimentón* más que en las arrugas.

Con el agua del estanque se habían marchado muy lejos la crema de las mejillas, el color de los labios y el tinte azulado de párpados y ojeras; no era la *Felpudo* de las que más abusaban de ellos; pero, aun así, aquel rostro, completamente limpio, era muy distinto del otro. No estaba fea, ni muchísimo menos, pero sí había perdido, al perder el adobo, aquella picardía de la cara, hecha de contrastes—contraste entre el

blanco de la mejilla y el rojo de los labios, contraste del azul del párpado de arriba con el negro de la ojera—y altamente apetitosa. Ahora la belleza resultaba demasiado igual, harto monótona, y es que el que afirmó que sólo lo natural es bello, debía ser una mula de varas.

Gonzalo la echó un piropo.

—Oye, *Felpudo,* ¿sabes que me gustas más así?

—¿Cómo? ¿Desnuda?

—No, con la cara lavada.

—¡Ay, qué rico! Yo me la lavo todos los días.

—Sí, pero un fregado como el de hoy, no me digas. Hacía tiempo que no te lo dabas.

Se acercó a ella y comenzó a abrazarla; los demás, púdicamente, se volvieron de espaldas, como hace

el coro al final del acto de Grecia, en el *Mefistóteles.*

....

Ella agradeció en lo que valía aquel homenaje tan espontáneo, aparte otras razones, porque el muchacho, con sus sobos y abrazos, le había sacado casi toda el agua del cuerpo.

El sol empezaba a ponerse pesado, y allí, en aquel hoyo del estanque, parecía que calentaba más.

—Bueno, vámonos—dijo Gonzalo, recobrando el juicio—; aquí nos vamos a freir.

A casi todos, con el aire de la mañana, se les había disipado la borrachera. Les invadía poco a poco esa desgana, esa pereza que suele ser el despertar de las juergas. Es algo

así como la vuelta insinuante de la conciencia, que se presenta a liquidar las burradas cometidas durante su ausencia.

Pepín y Polo remaban con brío. Apenas tuvo tiempo la rubia de acabar de vestirse antes de que llegaran al embarcadero.

Saltaron a tierra y marcharon en busca del auto. Iban ya mustios, decaídos, como un ejército en retirada.

De cuando en cuando saltaba un chispazo de brutalidad, resto de la pasada hoguera; Pepín Castropolo se empeñaba en encaramarse a pulso a uno de los grandes árboles de la avenida, y cuando ya iba por la mitad del tronco se dejaba caer de golpe sobre el grupo de los demás; Gonzalo tomaba carrerilla y se

montaba sobre las espaldas de una de las mujeres.

Con todo ello querían hacerse la ilusión de que aún se divertían; pero el que más y el que menos apetecía mejor la tibieza de un baño templado y las horas de sueño que vendrían después, que la continuación de aquella serie de estupideces iniciada a las diez de la noche anterior.

Llevaban todos ese color quebrado, como de marfil antiguo, que toman en seguida los rostros de todo el que, burlándose de las leyes de la Naturaleza, da el salto de un día al otro, sin pasar por el descanso de la noche.

Los paseantes madrugadores, que ya en estas mañanas de verano animaban a tales horas el Retiro, les

miraban como a bichos raros, como a seres caídos de otro planeta donde la vida se rigiese por un horario diferente al nuestro. Eran miradas de desdén y odio a un tiempo las que les lanzaban; la mayoría de ellos eran oficinistas que querían aprovechar aquella hora de tiempo para oxigenarse un poco antes de meterse en el horno de la oficina, o modistillas que hacían lo propio antes de encerrarse en el vaporario del taller. Gentes todas de vida ordenada como un péndulo entre los vaivenes del trabajo y de la estrechez; esclavos modernos con el exterior de la esclavitud un poco dorado, que no podían ver sin cierto rencor a aquellos gansos que eran dueños de su libertad y de sus horas.

La caravana se tropezó con una parejita de novios muy amartelados, que sin duda creíanse solos bajo la bóveda de follaje; era ella más bien feúcha, aunque muy repeinada y muy limpia, y él tenía ese aspecto algo transparente del señorito que come poco porque no le llega el dinero para mantener el señorío.

Gonzalo creyó chistoso meterse con los enamorados; cuando pasó por su lado estaban en los preliminares de un beso, y Villanueva les gritó casi al oído:

—¡Que aproveche!

Fué como si los despertaran de un sueño: el novio se volvió lívido, realmente asustado, y cuando se tranquilizó, procuró mostrarse valiente con el que los molestaba,

—¿Y a usted qué le importa? ¡Vaya!

Pero Gonzalo, que era especialista en eso de las actitudes chulas y matonescas, le hizo cara, queriendo divertirse con él.

—¡No se enfade el pollo, que no le he dicho nada malo! He visto que se iba usted a comer á esa joven y le he dicho «que aproveche». Cuestión de educación.

—Es que a mí...

Pero la joven, que más que asustada estaba avergonzada de que la hubieran sorprendido en pleno jugueteo, cogió a su galán por el brazo, y tirando de él, le dijo:

—Déjalos. ¿No ves que están borrachos?

Lo dijo en voz bajita, creyendo que sólo él lo oiría, pero lo oyeron también los del grupo.

—¡Uy, borrachos! ¡Ojalá!—dijo Gonzalo.

—Lo que es yo, como no sea de agua—dijo la *Felpudo*, que aún no se había secado del todo.

Gonzalo y el otro estaban ya muy juntos, y como para pegarse; allí no hacía falta más que uno de ellos diera el primer puñetazo.

La muchacha, verdaderamente apurada, se agarró a la chaqueta del novio y le gritó:

—Vámonos, que no tengo yo gana de broncas, Timoteo.

Oir los de la caravana aquello de Timoteo y dar principio al mitin, fué todo uno.

—¿Habéis oído?—dijo Gonzalo—. Se llama Timoteo.

—¡Qué atrevimiento!—añadió Polito.

La *Espasmódica* se encaró con la muchacha y le dijo:

—Pero, ¿cómo se atreve usted a tener un novio con nombre de loro?

—La verdad, que hace falta valor para salir con un nombrecito así a la calle.

Y empezaron todos a cantar en forma orfeónica:

«Es mi novio
tan feo, tan feo,
que nadie le llama
más que Timoteo...»

La pareja emprendió a poco la retirada, mientras el galán gritaba a los cantantes unas cosas que éstos, aturdidos con el propio canto, no podían oir.

Pero se las figuraban; les debía estar mentando a todos el arbol genealógico.

Fué la última hazaña de los juerguistas: poner en fuga a aquel par de palominos atontados.

Para ir al estanque habían dejado el auto completamente solo, y cuando a la vuelta lo divisaron en la esquina del paseo de coches, al final de la avenida, se lo encontraron rodeado de un público selectísimo; a más de la cadena de golfos madrugadores—de esos que pasan las noches del verano, ¡y a veces las del invierno!, en los bancos públicos—que lo circundaban como presenciando un festejo, dos distinguidos *lañas* se habían encaramado en el asiento delantero y le daban vueltas al volante, como pudieran hacerlo con la rueda de una barquillera.

Pepín Castropolo fué a darles un grito, pero Gonzalo lo contuvo.

—No, hombre, déjales; que no se enteren de que el coche es nuestro hasta que estemos encima. Verás qué susto... Mira, lo mejor será que os vayáis todos por aquel sendero como si fuerais a cruzar el paseo de coches. Yo iré por este otro, pero haciéndome el *lipendi* hasta caer sobre ellos.

La cuestión era cogerlosen el garlito. Pero Gonzalo, aunque era muy golfo, no contaba con la viveza de estos otros golfos del arroyo que, como los perros, huelen en el aire.

Apenas los provisionales ocupantes del coche vieron venir en aquella dirección a unos señoritos, y aunque éstos parecía que no se habían fijado en ellos, escaparon a correr, dándose con los talones en la espalda. Fué como si tirasen

una piedra en un grupo de pájaros.

Gonzalo llegó, sin embargo, a tiempo de trincar por la oreja a uno de los más pequeños: era un pituso rubio que no levantaría medio metro del suelo, y que llevaba colgantes de la nariz, a modo de banderolas, dos soberbias velas mocosas. El chico había querido dejar tarjeta de la visita y estaba tranquilamente orinándose en una de las ruedas de atrás.

Las mujeres empezaron a gritar en su favor.

—¡Ay, oreja! ¡Ay, oreja!

—Déjalo, Gonzalo—chilló la *Espasmódica*.

Y no fué que lo dejó, sino que él se escapó de un tirón.

Subieron todos al coche para emprender el regreso: Polito y la *Es-*

pasmódica habían ocupado solos el asiento de atrás, y el futuro embador dijo a la golfa:

—¡Qué buen corazón tienes! A ver, déjame verle...

Se ponía el coche en marcha cuando Polito colocaba a la rubia en la misma posición que tenía al bajar la noche antes la cuesta famosa; él adoptó la correspondiente, y se dispuso a sacar una copia del cuadro.

Gonzalo, que se volvió, le dijo:

—Pero, ¡qué vas a hacer! Si ya te hemos adjudicado el premio.

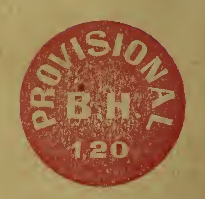
Y Suárez, con la boca ya temblona, replicó:

—No, si ésta es fuera de concurso.

FIN


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063732223


HISPANIA


PROVISIONAL
B.H.
120